

Carmen Fernández Galán
Montemayor
Universidad Autónoma de Zacatecas
carmenfgalan@gmail.com ◆

Siempre que se trata de sistemas de creencias, las fronteras entre historia y ficción se tornan aún más difusas. ¿Cómo cuestionar la verdad de un acontecimiento cuando se pone en juego nuestro modo de estar en el mundo? Es una interrogante repetida en el tiempo que sin embargo mantiene pertinencia y a partir de la cual abro estas líneas para comentar la obra que nos convoca, *Los cuentos del predicador*, editada por la prestigiada casa Iberoamericana Vervuert.

Lo sobrenatural, en el contexto católico novohispano, se puede convertir en un verdadero reto para el evangelizador que busca convencer de su visión a los colonizados, reto que implicó una adaptación de la retórica tradicional a la circunstancia americana. De este conflicto, el de verdad y verosimilitud como punto de arranque para lograr la persuasión y el convencimiento desde el púlpito, trata la obra de Manuel Pérez *Los cuentos del predicador. Historias y ficciones para la reforma de las costumbres en la Nueva España*, donde de manera erudita y exhaustiva se revisa el devenir de la retórica clásica en el marco contrarreformista.

El estudio de Manuel Pérez se centra en la obra *Luz de verdades católicas* del predicador Juan Martínez de la Parra, publicada en Sevilla entre 1692 y 1699, reimpresa en Barcelona en 1700 y después alrededor de 45 veces, lo que muestra que la concepción de *best seller* en la literatura culta está muy lejos de lo que hoy en día entenderíamos como un éxito editorial, si bien ésta sería una aseveración a discutir.

Reseña del libro de
Manuel Pérez *Los cuentos del predicador. Historias y ficciones para la reforma de costumbres de la Nueva España*, Madrid y Francfort, Iberoamericana/ Vervuert, Biblioteca Indiana, núm. 29, 2011, 246 pp.

En las bibliotecas novohispanas los libros de sermones son los más numerosos; sin embargo, el horizonte de una cultura laica no ha otorgado su debido lugar a este género literario; aun más, ni siquiera lo considera literatura. Si la prédica de las misiones mueve y deleita al enseñar, su retórica de las pasiones debe justificar su inclusión, selectiva, claro, en las historias literarias nacionales.

La obra de Martínez de la Parra, destinada a educar en la virtud cristiana, consiste en una serie de pláticas y sermones sostenidos en el ejemplo como enseñanza moral. El problema no es sencillo, pues es análogo a tratar de representar el viento o la misma luz. ¿Cómo encarnar las virtudes y valores?

No pocas veces lo que no puede la mano lo consigue el ingenio. Apurados se veían los pintores para pintar los vientos, pues estos no teniendo colores mal podían sujetarse a los pinceles. ¿Y qué hacen? Alcance la idea lo que así le niega la vista. Pintan al canto del lienzo una cara estrechados los labios, hinchados los carrillos en ademán de quien sopla, y de la boca saliendo las líneas, que por todas partes repartidas veréis en el cielo, encapotado de negras nubes, enlutado el aire de turbias sombras, alborotado el mar, encapillando sus obras [...]. ¿Qué es esto? Son los vientos pintados por sus efectos (p. 120).

De este modo, Martínez de la Parra representa la luz del catolicismo en sus efectos, en sus ejemplos. En la retórica tridentina en que la tradición emblemática concreta el esfuerzo de hacer visible y representable a la divinidad, el ejemplo funciona como espejo, del mismo modo que los espejos de príncipes son modelos de monarquía y virtudes; los ejemplos se vuelven ejemplarios (libros compuestos de casos prácticos o de ejemplos doctrinales, según la Real Academia).

El predicador se debate entre incluir una fábula o un ejemplo histórico, ya que éste implica mayores compromisos con la demostración. Al igual que las fronteras entre relato histórico y ficcional son difusas, encauzar las creencias y convencer en el púlpito requieren un sutil manejo de las fuentes y los modelos del sermón.

Para las preceptivas del siglo XVI la historia tiene una concepción moral, “la historia se considera una lúcida demostración de las virtudes y los vicios, cuyo estudio abraza la filosofía moral”, y los grados de libertad para ser fieles a la verdad o la verosimilitud dependen de los propósitos didácticos. Los repertorios de fábulas y relatos para construir la ejemplaridad debaten sobre la veracidad de las pruebas; es decir que a veces el ejemplo debe sustentarse en un acontecimiento histórico, pero en la

práctica funciona más la fábula, que aunque centrada en lo ficticio y distante, resulta más conveniente. Por otra parte, el influjo del humanismo renacentista hace que las retóricas tridentinas den un viraje al mundo grecolatino, de modo que la tradición hagiográfica se fusiona con las mitologías clásicas.

A través del análisis comparativo de las taxonomías del ejemplo y sus pruebas, Manuel Pérez muestra cómo lo sobrenatural reemplaza lo histórico por la historia sagrada y la hagiografía. El milagro, afirma, tiene la misma etimología que maravilla (que viene de mirar, admirar); lo importante es cómo se singulariza la admiración de los acontecimientos de origen divino y cómo en la *Ratio* jesuita la mirada es la herramienta pedagógica fundamental.

La eficacia, por tanto, se asocia con la brevedad (“el ejemplo debe ser breve, pero eficaz”) y con la estética del ingenio, que logra representar un modelo de conducta para encaminar el discurso no sólo a la práctica de la virtud, sino también para, con el ejemplo, denunciar los vicios y malas costumbres de la capital novohispana.

Encontrar las estrategias retóricas requiere de la demostración de los contenidos ideológicos de *Luz de verdades católicas*, que puede tener distintas lecturas dependiendo de los destinatarios. *Los cuentos del predicador* nos recuerdan que para leer cualquier texto hay que acercarnos a los criterios y preceptos de la época, donde la fortuna de una obra se mide tanto en las reacciones de su público como en su aura de secreto, y lo que podría parecer un texto sólo con fines evangelizadores puede resultar bastante crítico respecto de los poderes que lo sustentan.

Dice Martínez de la Parra en su apreciación de la ciudad de México:

Como México debía estar viciada la república de Atenas, cuando juntados sus senadores a dar medios para procurar su reforma [...] fueron dando sus pareceres, y uno de ellos más sesudo, después de estárselos oyendo a todos, arrojó en medio una manzana toda podrida, y luego: ¿qué remedio os parece, les dijo, podrá haber para que esta manzana que veis tan podrida toda quede otra vez sana, hermosa y dulce? Dificil pregunta. Una manzana podrida volverla del todo sana ¿cómo puede ser? Quedáronse suspensos todos y él prosiguió: pues mirad, con sacarle las pepitas que tiene en el corazón, sembrarlas, cuidarlas y cultivarlas [...] (p. 214).

De lo que se extrae la conclusión de que la educación es la clave de una reforma; sirva pues el ejemplo para mirar en ese espejo nuestra contemporaneidad y sus manzanas, pero sobre todo para repensar la tarea

de formar virtudes cívicas. Martínez de la Parra cuestiona el ejercicio del poder desde el antejemplo; en los temas de la familia, la propiedad y la autoridad se conjuntan la enseñanza y la denuncia.

El vaivén entre testimonios y pruebas, historias y ficciones, sermones y pláticas, verdades y mentiras, dibuja también el origen de la narrativa mexicana, pues la génesis del cuento está atravesada por el ejemplo como relato y por la retórica moderna, contrarreformista, que logró la supervivencia en las colonias españolas de los valores católicos que conforman, ya sean en continuidad o crítica, su literatura.

Sirvan estos comentarios a fin de acercar a los interesados a la literatura novohispana, y en especial a la tradición sermonaria, la más prolífica y la menos estudiada.

El valor de la investigación que nos presenta Manuel Pérez radica en que despliega acertada y detalladamente las conexiones entre retórica y literatura, donde se confirma la gran influencia de los jesuitas en la conformación del canon literario en nuestro país, al tiempo que nos recuerda la importancia de recuperar textos no considerados desde sus virtudes propias, ya que han sido solamente observados por las relaciones de poder de sus autores en menosprecio de su riqueza retórica e incluso de su modernidad.